

araucaria

de Chile

N° 24 · 1983



Director: Volodia Teitelboim. **Secretario de redacción:** Carlos Orellana. **Comité de redacción:** Luis Bocaz, Leonardo Cáceres, Armando Cisternas, Osvaldo Fernández, Omar Lara, Luis Alberto Mansilla y Alberto Martínez. **Diseño gráfico:** Fernando Orellana. **Gerencia y administración (correspondencia, suscripciones y ventas, recepción de valores):** Ediciones Michay.

EDICIONES MICHAY.
Arlabán, 7. Tel. 232-47-58.
Madrid, 14, España. **Dirección Postal:** Apartado de Correos 5056, Madrid, 5 - España.

ISBN: 84-85272-27-7.
ISSN: 0210-4717.
Depósito legal:
M. 20.111-1978.
Catálogo de la Biblioteca del Congreso de Washington, N.º 80-642682.
Impresores:
Graficino, S. A.
Eduardo Torroja, 8.
Fuenlabrada, Madrid.

sumario

A los lectores	5
De los lectores	6

cartas de Chile

<i>Las jornadas de protesta o los tesoros de las cuevas de Aladino</i> (Carlos Ossandón) . . .	7
--	---

aniversarios

<i>Los héroes no están cansados</i> (Virginia Vidal: Neruda, evocación de su muerte, p. 11 / Volodia Teitelboim: Salvador Allende, presencia en la ausencia, p. 19 / Joan Jara: Víctor Jara, un canto inconcluso)	24
---	----

nuestro tiempo

Mario Benedetti: <i>Nicaragua, un porfiado ritual de agresiones</i>	39
---	----

exámenes

M. Eugenia Horvitz: <i>La transición al capitalismo en Chile. Problemas metodológicos e históricos</i>	49
Alfonso Calderón: <i>La cultura en Chile: las ventajas de la mala fe (1973-1983)</i>	67

la historia vivida

Sergio Villegas: <i>Memoria dispersa de un ejercicio radial</i>	77
---	----

conversaciones

Ligeia Balladares: <i>Conversación con Edgardo Enríquez</i>	97
---	----

temas

Carlos H. León: <i>El muralismo chileno. Comunicación y arte populares</i>	109
Osvaldo Rodríguez: <i>Gardel, el tango y los peregrinos del exilio</i>	119

textos

Miriam Bergholz: <i>Naufragio</i>	131
Eugenia Echeverría: <i>Como si mi corazón tuviera una ventana rota</i>	137
Orlando Jimeno-Grandi: <i>Elegía a Claudio Jimeno</i>	142
Julio Moncada: <i>Poemas</i>	144

tribuna

<i>La mujer en cuestión</i> . Contiene: Sobre el origen de la subordinación de la mujer (Cecilia Salinas), p. 153 / <i>El MEMCH, un capítulo del militantismo femenino chileno</i> (Olga Poblete), p. 160 / <i>Conversando con Margaret Randall</i> (Noemí Baeza), p. 168 / <i>Hablemos de mujeres</i> (Eugenia Neves), p. 171 / <i>Mujeres de fantasía</i> (Valentina Vega), p. 173 / <i>Mujeres del campo</i> (Mercedes Valdivieso), p. 175 / <i>Una mujer en la revolución</i> (María Montaner)	177
--	-----

los libros

<i>El precio de la traición y del poder</i> (Gilberto Linares), p. 182 / <i>Teatro chileno de la década reciente</i> (Osvaldo Obregón)	185
--	-----

crónica

<i>El profesor Lipschütz</i> (Guy Santibáñez), p. 34 / <i>Aspectos de la Constitución pinochetista</i> (Sergio Insunza Barrios), p. 43 / <i>Julio Moncada, poeta muerto en el destierro</i> (Carlos Orellana), p. 148 / <i>Mujeres en la plástica chilena</i> (Luis Bocaz), p. 180 / <i>Grigulievich-Lavretski o la formación de un académico</i> (José Miguel Varas), p. 191 / <i>Correo de la poesía</i> (Omar Lara), p. 196 / <i>Varia intención</i> (Plástica chilena en el setiembre europeo - La "ardiente paciencia" de Neruda y Skármeta - Las guitarras de Dávalos y Cherubito / Un premio que resume arquitectura y humanismo)	199
--	-----

notas de lectura

<i>Prontuario de un agitador / Lo barroco y lo real maravilloso en la obra de Alejo Carpentier / Chile in the Nitrate Era / Literatura chilena en Canadá / Valparaíso a sotavento / Hondo Sur</i>	209
---	-----

notas de discos

<i>La revolución y las estrellas</i>	218
--	-----

En las portadas se reproducen dos detalles del gran fresco pintado en los años de la Unidad Popular en el muro norte del río Mapocho. Las fotos son de Rudolf Lequin, bioquímico holandés, quien fotografió la totalidad del mural a fines de 1979.

Las fotos interiores son de Juan Vicente Araya, Enrique Cerda, René Dávila, Patricio Estay, Fernando Orellana, Luis Pueller, Alvaro Yáñez y Jean Louis Young, integrantes todos ellos de la Asociación de Fotógrafos Independientes de Chile, AFI.

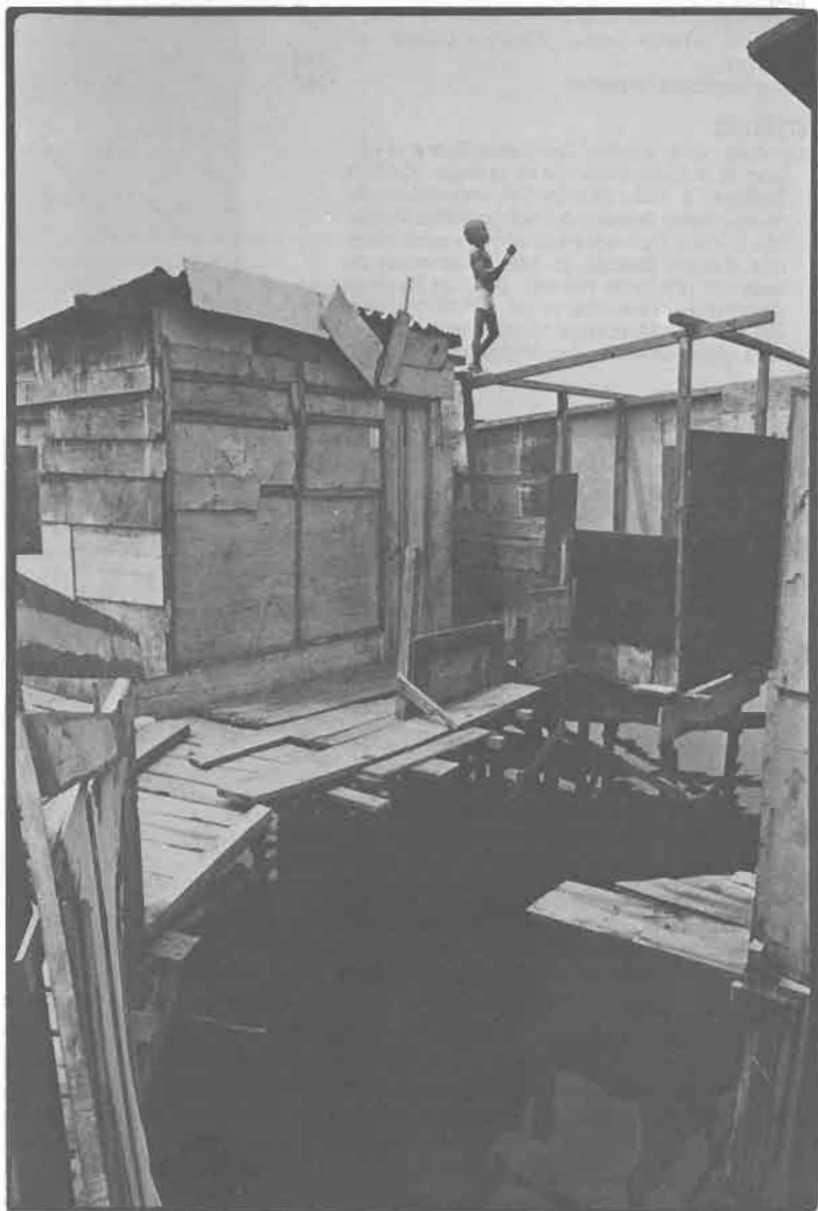


Foto PATRICIO ESTAY

Un frío aliento de muerte estremece a la humanidad al acercarse el fin del año. Quince mil infantes de marina, a bordo de setenta aviones y diez poderosos barcos de guerra, plantaron la bandera norteamericana en las playas de Granada, uno de los estados más pequeños del Caribe, y con menos población que Rancagua. La operación fue calificada de "absolutamente soberbia" por el vice-almirante Metcalf, quien iba al mando de las columnas invasoras, que dejaron pálida la parafernalia bélica de *Apocalipsis Now*. Entre tanto, el exiliado pueblo palestino se desangra al parecer irremediablemente, luchando hasta la muerte por el derecho a vivir en su propia tierra. En Europa comienza la instalación de los misiles con cabeza nuclear, apuntados contra el Este y contra el corazón de todos los seres vivos. Y mientras, el peligroso galán hollywoodense, calificado sin ambages por *The New York Times* como "matón paranoico", hace gala de su discutible valor hablando a las tropas norteamericanas apostadas en Corea de su responsabilidad en "la primera línea de la libertad".

Amargo y difícil fin de siglo estamos preparando en Occidente. Pese a todo, la lucha de los pueblos del Tercer Mundo abre caminos al futuro.

Como el ave fénix mitológico, los combativos murales que salen a la luz en los muros del río Mapocho, son el símbolo de un combate que se acerca ya a la victoria sobre los hombros de los obreros, campesinos, jóvenes y mujeres de Chile.

En esta edición incluimos un análisis sobre la pintura mural chilena, aliento de victoria de la vida sobre el odio. Y le invitamos también a leer con atención un dossier inevitablemente incompleto y parcial, que analiza entre otros temas el papel de la mujer en el fragoroso avance hacia la justicia.

Es imposible, al hablar de la mujer y de sus luchas, omitir una referencia a las ya legendarias madres de la Plaza de Mayo; ellas siguen levantando su voz en la hermana Argentina que aún festeja el retorno de la democracia. Su consigna "los queremos con vida" ha saltado por sobre las barreras doctrinarias, para pasar a la historia de la dignidad de los pueblos de América, del Tercer Mundo y de toda la humanidad.

Les confieso con toda sinceridad que la revista me gusta cada día más. Los felicito, porque considero que es una verdadera proeza haber sostenido durante casi ya seis años una calidad que habla muy bien del nivel y madurez alcanzado por los chilenos (de dentro y de fuera) que piensan y escriben.

Me parece muy acertada la idea de ilustrar algunos números con material fotográfico, como es el caso del N.º 23, que contiene algunas fotos que considero notables. Quiero decirles, sí, que no entiendo esa especie de avaricia que muestran a veces para dar información sobre los contenidos del material gráfico que publican. Por ejemplo, la fotografía de la portada me parece muy buena, pero ¿no habría sido aconsejable indicar su procedencia, es decir, el lugar y fecha en que se tomó? Todo eso ayuda a entender y apreciar mejor algunos trabajos.

M. C. (Perugia, Italia)

Tiene razón el lector. No siempre cuidamos estos detalles, aunque esta vez no fue nuestra culpa, sino de un duende de talleres, que nos birló las líneas que indicaban el origen de la foto de la portada del N.º 23 de la revista. Fuera de ser muy hermosa, la fotografía puede calificarse de histórica, ya que se trata de un acto realizado en homenaje a las víctimas de Lonquén, en el mismo sitio donde fueron descubiertos los cuerpos. En la página 6 puede verse, también, otra vista de la misma asamblea, aunque tomada por un fotógrafo distinto. Poco después, como se sabe, los restos del antiguo horno fueron dinamitados para borrar toda traza del crimen. Cosa que no lograron, entre otras razones, por los testimonios gráficos que han quedado, éstos entre ellos.

Eché de menos en el último número de **Araucaria** algún material alusivo a los diez años de la muerte de Pablo Neruda. ¿No se proponen publicar algo?

René Díaz (Guayaquil, Ecuador)

Justamente en este número se aborda el tema. Nuestra intención, sin embargo, es ocuparnos de Neruda principalmente con motivo de los 80 años de su nacimiento, que se cumplen en junio del próximo año. A este propósito, dedicaremos la mayor parte del N.º 26 al gran poeta nacional.

CARLOS OSSANDON B.

Las jornadas de protesta o los tesoros de las cuevas de Aladino

El pueblo es el último, penúltimo, definitivo, poeta.

(Ariel Dorfman, *Mensaje*, N.º 318)

Se creyó que la colectividad ya no existía, que se había dislocado. Que, como en *La autopista del sur* de Cortázar, "el grupo se había disuelto irrevocablemente". Que la atomización, que la desidentificación, que la pérdida del sentido de comunidad, eran el resultado inevitable del término del embotellamiento de vehículos. Que, en reemplazo de los encuentros y de los rituales, se había instaurado una ficción fuertemente desarticuladora, una cotidianidad preñada de engaños y autoengaños. Los más acomodaticios creyeron que "no se podía hacer otra cosa que abandonarse a la marcha, adaptarse mecánicamente a la velocidad de los autos que lo(s) rodeaban, no pensar". Inmersos en este desorden, entre desconocidos, los símbolos efectivamente se empobrecieron y los sistemas de reconocimiento se debilitaron. A algunos los embargó una sensación de destrucción, de vacío, de nada. También el miedo sentó sus reales entre nosotros.

Con todo, las señales no desaparecieron nunca completamente. La realidad presentó siempre una doble faceta: la una aparental, fenoménica y en medida importante engañosa; la otra latente, oculta y, en los recodos,

actuante. En estos casi 10 años, este universo profundo, algo maltrecho, tuvo ocasiones de mostrar su vigencia. Me refiero particularmente a la manifestación de aquellos remanentes constitutivos y sociales que están en el origen de la cultura. Estos factores "invisibles" constituyeron, cuando lograron ocasionalmente irrumpir, la resistencia soterrada a aquellos otros factores de disolución. A pesar del zafarrancho, el pueblo no pudo ser cabalmente inmolado.

Así fue refundándose la complicidad. Los pequeños encuentros y las miradas furtivas, la misa y el funeral, el canto y el sindicato, sirvieron para ello. De este modo las soledades dormidas y heridas pudieron volver a encontrarse. Y en este empeño de reconstrucción social y cultural, las Jornadas de Protesta jugaron (y quizá sigan jugando) un papel decisivo. Además de su contenido político, representaron la ceremonia de recomposición del colectivo, siendo la tentativa más importante, aunque todavía incompleta, de afirmación tribal. De aquí que estas Jornadas no tuvieran solamente una connotación cronológica, sino también "mítica" o "religiosa", al volver a atar o ligar, siquiera

momentáneamente, a los manifestantes. Sin quererlo, los cacerolazos y los bocinazos fueron "mágicos".

La dirección sindical desempeñó, entonces, la función de *mistagogo*, iniciando a la masa en los misterios que lleva dentro de sí, por medio de un día y una noche encantados. Esta dirección (¿seguirán todavía algunos hablando de la "jibarización de la clase obrera"?), al invocar el secreto, creó las condiciones para el restablecimiento de la unidad perdida y para el conjuro del miedo y de la cotidianidad engañosa. Bajo esta invocación, el colectivo fue capaz de reanudar, en forma no vista hasta ahora, su propio esfuerzo de constitución y recreación social. Y en este reencuentro de las miradas, el peligro no estuvo ausente. Una parte importante del pueblo volvió festivamente a sentirse miembro de una comunidad, enfrentando al "guanaco" en el centro de Santiago, a

las hondas en Providencia y a las tanquetas en los barrios populares. Fue en este ambiente que se tuvo la sensación que se desplegaban las señales propias, profundamente ignoradas o negadas por el orden.

Hasta la vivencia del tiempo cambió. El descubrimiento de lo abisal acentuó la percepción de la fragilidad del tiempo presente. Asimismo, este descubrimiento abrió la mirada al futuro, a la exploración de la utopía posible. Esta *adumbratio* o premonición saltó, paradójicamente, sobre el suelo de lo originario y fundante. Así, "pasado" y futuro pudieron unirse simpáticamente, coludidos contra un presente extraño, opresivo y, en definitiva, fugaz. Las Jornadas de Protesta comenzaron entonces, ahora masivamente, a desenmascarar el falaz velo de Maya.

Santiago, julio de 1983

LA JUSTICIA TARDA

Las hijas del general Carlos Prats... volvieron hace pocos días desde Estados Unidos, donde asistieron a las dos sesiones en las cuales se trató el pedido de extradición solicitado por la justicia argentina contra Townley, el cual fue denegado.

Angélica y Sofía dijeron que, aparte de fotografías, nunca habían visto antes a Michael Townley. En las sesiones tuvieron la oportunidad de verlo en persona. Y fue impactante. "Es difícil describirlo. Es una emoción fuerte. Pensar que ese ser humano, según pruebas técnicas, científicas, judiciales, era el autor de la muerte de nuestros padres es terrible".

Las hermanas Prats aseguran que el juicio de extradición se perdió por acuerdos previos de la justicia norteamericana vinculados a Chile. Agregaron que "lo otro impresionante fue ver a Townley defendido por los mejores abogados de Washington, pertenecientes al staff de la oficina de Seymour Glazer". ¿Quién paga a estos abogados?, preguntaron ellas en Estados Unidos. Y en la propia Corte, uno o dos fiscales conocidos, respondieron: "Los amigos de Townley".

(Extractos de "Hijas de Prats relatan su experiencia en el juicio", crónica de *La Segunda*, 4-VIII-83).

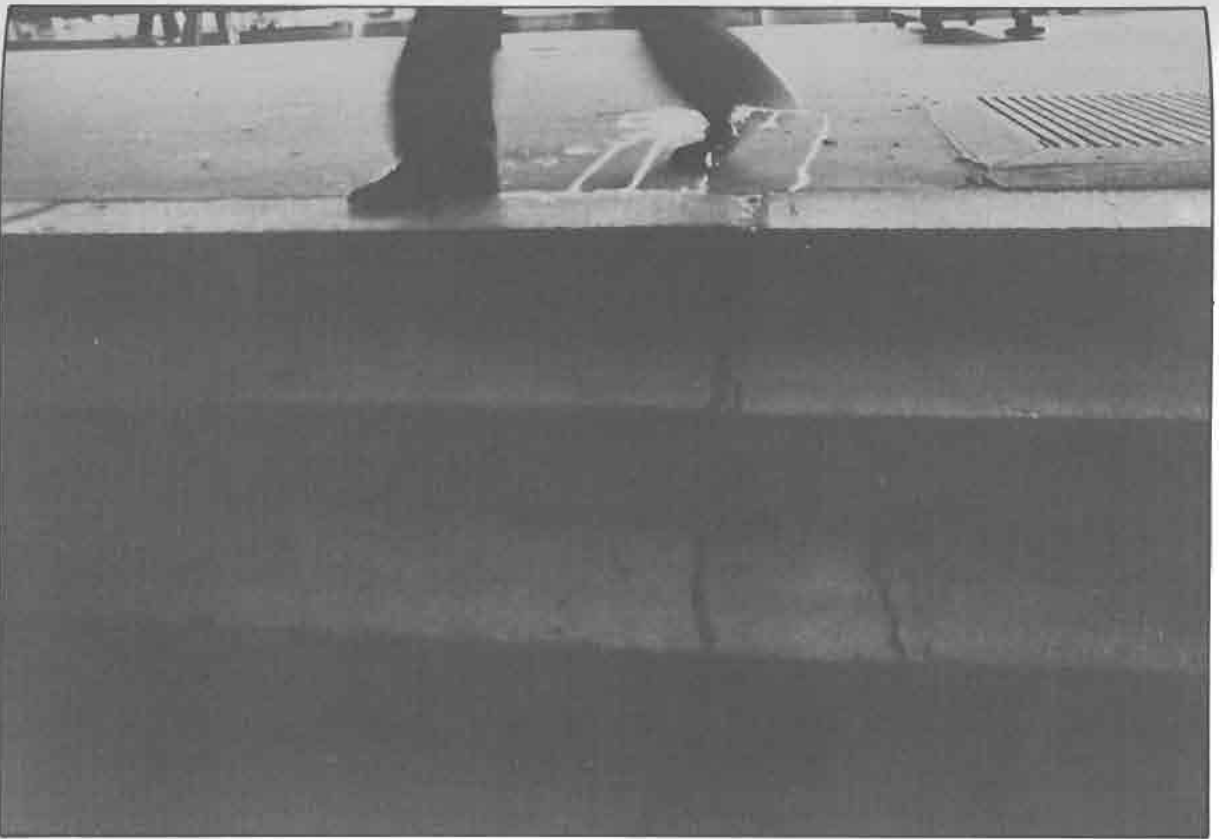


Foto RENE DAVILA



Foto LUIS PUJELLER

Los héroes no están cansados

Pablo Neruda. Salvador Allende. Víctor Jara

No están cansados. Ni ausentes. No son únicamente mártires, ni sólo símbolos o puramente recuerdos. Su poder va infinitamente más lejos de lo que jamás pudieron imaginar sus victimarios. Su fuerza no ha cesado de crecer en esta década. Reunen el vigor de la Historia y del Mito. Son los signos, el anuncio del fin de la tormenta, el puerto, la Utopía. Lo marcaron todo con sus vidas y si algo dejaron en suspenso, porque algo o alguien se interpuso, lo completaron con sus muertes.

Nada de lo que ahora vaya a ocurrir en Chile puede serles ajeno. Será diciendo versos y cantando que transitaremos por las anchas alamedas que se abrirán cuando cese el tiempo del naufragio.

Neruda: evocación de su muerte

VIRGINIA VIDAL

Esa mañana, cuando llegué a "La Chascona", la casa junto al cerro San Cristóbal, me pareció oír la voz de Pablo: "*Generales traidores / mirad mi casa muerta...*" Pisando vidrios, metiéndome en el lodazal, me detuve ante un montón humeante: un colchón roto, destrozado un arco de medio punto, gran abanico de madera con antiguas tarjetas postales, espejitos, vidrios de colores —uno de esos objetos bellos, producto de la fantasía de Pablo— libros, pedazos de cerámica, vidrio, porcelana.

Subí la escalera que lleva al living. Matilde, de palidez severa, los inmensos ojos desolados, junto al ataúd. La abracé en silencio. (No la veía desde los felices días cuando Pablo recibió el Premio Nobel en

Estocolmo. Cómo olvidar su bajada del avión junto a él. Periodistas ávidos lo rodearon y empezaron a ametrallarlo con preguntas. El, sobrio, canchero, sereno. "¿Cuál es su objeto predilecto? —Los zapatos viejos. ¿Qué va a hacer con la plata del premio? —Eso pregunté a mi mujer. ¿Cuál es su palabra favorita? —La palabra amor. Vieja, muy usada, desgastada. No nos cansamos sin embargo de repetirla". Luego, en una cena íntima en casa del embajador Luis Enrique Délano y Lola Falcón, Miguel Otero Silva y María Teresa Castillo, los Neruda y yo. Después de comer, nos fuimos a la biblioteca. Pablo se sentó y tomó como al azar un libro. Era la edición de poemas de Gabriela Mistral que sacó "Quimantú". Se puso a leerlos y a comentar con encomio los méritos de la maestra. Luego Miguel Otero Silva siguió leyendo a Gabriela con su rica voz, con su ritmo y melodía cálidos de Venezuela... Tanto que recordar de esos días.)

Miré a Pablo a través del cristal de la urna. Quieto. Cerrados los ojos de pesados párpados. La boca como dispuesta a la sonrisa. Se veía la camisa sport a cuadros, la chaqueta de tweed. El rostro inmóvil parecía expresar irónica tranquilidad.

A los pies del ataúd, la corona con cintas celestes y amarillas enviada por el Rey de Suecia. (Los mismos colores que decoraban el salón donde recibió el premio, cuando el rey permaneció mucho más tiempo conversando con él que ante los otros premios Nobel. De ese vasto salón salió su voz al mundo: "...Perdón por haber extendido mi reconocimiento hacia todo lo mío, hacia los olvidados de la tierra que en esta acción feliz de mi vida me parecen más verdaderos que mi expresión, más altos que mis cordilleras, más anchos que el océano. Yo pertenezco con orgullo a la multitud humana, no a unos pocos, sino a muchos, y estoy aquí rodeado por su presencia invisible".)

Subimos otra vez al living y pasamos por el único acceso al dormitorio de los esposos. Una chimenea con campana de cobre sobre la que están entrelazadas las letras "P" y "M". Desvencijada la ancha cama. Sobre el colchón, estampadas las huellas fangosas de grandes botas militares.

Salimos al patio pisando vidrios. La escritora Inés Valenzuela, mujer de Diego Muñoz, barre y amontona los escombros. Matilde le dice: "No debías haberlo hecho. Que todo esté tal como lo han dejado". Por los escalones de piedra subimos a la biblioteca semi-escondida por los árboles. Ese era el cuarto de trabajo de Pablo, en una pieza contigua trabajaba Matilde. Allí fue donde el poeta escribió muchas de sus obras. En el umbral, Roberto Parada sostiene una hoja chamuscada de papel. Le corren las lágrimas por la cara. Con su hermosa voz, tan conocida por todo el público teatral de Chile, lee como no creyéndolo, moviendo la cabeza: "Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*". Estira la hojita y la guarda en el bolsillo interior de su chaqueta.

En la biblioteca, el viejo reloj de pedestal, de antigua marquetería, parece sacado de una película de Bergman. Ni punteros le quedan. Le destriparon péndulos y pesas. Un viejo óleo, acuchillado. Ni un cuadro, ni un libro sanos. Sólo restos del pillaje.

La escritora Teresa Hamel me dice con dolor: "Lo último que dijo Pablo antes de morir fue: "¡Los están fusilando, los están fusilando! Después de haber conversado con Matilde, se sumió en el sueño. Poco le duró la quietud. Se agitó y se puso a gritar esas palabras, como angustiado por una intensa pesadilla..."

No sabemos cómo pasa el tiempo en ese día frío y oscuro de septiembre. Todos acoquinados, sin poder guarecernos, junto al ataúd. El viento se cuela por las ventanas sin vid

El edecán comienza a repetir su discurso. Aída Figueroa le dice: "La viuda está reposando y no lo recibirá".

Otra vez el oficial intenta repetir el párrafo. Chela lo apostrofa: "En estas ruinas que ustedes han dejado, estamos velando a Neruda. Queremos respeto y tranquilidad para rendirle el último homenaje. Y garantía para que esta noche podamos estar en paz".

Esta vez habla el Jefe de Plaza: "Nosotros no hemos hecho esto. El Ejército de Chile es respetuoso con las glorias nacionales".

Chela le dice que esa casa ha sido sistemáticamente destruida y que se ha visto cómo lo hicieron. El militar pide que se hagan presentes los testigos.

"¿Cómo puede decir eso, señor oficial? —le dice Chela—. ¿Cree usted que la gente se atrevería a atestiguar? La gente tiene miedo."

A continuación le da a conocer en qué estado fue encontrada la casa y qué "operativo" —usa esta palabra— hubo que hacer para poder encontrar el ataúd. Uno y otro de los presentes da detalles de los destrozos. Se adelanta el edecán demostrando interés en ver los daños. Rápidamente se desplazan los hombres armados. Nosotros rodeamos el féretro para impedir que ellos lo vean. Para impedir que Pablo sufra otra afrenta.

Los militares dan una vuelta, miran con caras de circunstancias, asegurando que ni soldados ni carabineros pueden haber cometido semejante barbaridad.

(Pocos días más tarde va a salir una información oficial en la que se acusa a una banda infantil capitaneada por un niño de diez años de edad como autora del delito de destruir la casa del poeta. A medida que se vaya destapando el canal, se sacarán los más heterogéneos objetos destrozados: piezas de vaj

la dejarán vivir por ese mural. La acosarán para que lo haga borrar. Ella se defenderá con la verdad, aduciendo que es un obsequio de la juventud a Pablo. No hay caso. Muy a su pesar, tendrá que hacerlo borrar después de unos meses.)

A la mañana siguiente, día de los funerales, va desfilando una masa humana por la "casa muerta". Modestas mujeres, hombres de trabajo, escritores, artistas, periodistas, hombres de ciencia, políticos. Entre tanta gente, diviso a Nicanor Parra. En esos días ha salido en un diario mercurial un gran elogio a este poeta, mostrándolo como incomprendido o víctima de la UP. Nicanor nunca ha sido militante de partido alguno, pero es conocida en el mundo entero su independencia política y poética. Hablamos un poco. Nicanor dice: "Pretenden convertirme en el poeta oficial del régimen. No lo conseguirán". Esta frase mesurada suena como juramento ante los despojos de Neruda. (Su obra *Hojas de parra* provocará las iras de los fascistas y harán incendiar el circo en que se ha puesto en escena.)

Momento dramático. Habrá que sacar la urna por la puerta cochera. La maniobra se hace con gran esfuerzo, venciendo las dificultades resultantes del pillaje. Iremos avanzando a pie, rumbo al cementerio. La ciudad está silenciosa. En cada ventana se ven rostros fijos, o visillos corridos a medias, sujetos por manos tímidas. Piquetes de soldados armados hacen guardia en distintos puntos.

El silencio se quiebra. Una voz varonil estalla y se expande en oleadas:

"Juramos que la libertad
levantará su flor desnuda
sobre la arena deshonorada"

Toda la procesión que avanza repite la consigna. El grito cobra más cuerpo. A nadie le importan los camarógrafos de la TV extranjera que enfocan los rostros, las bocas, como pretendiendo eternizar el grito:

"Juramos continuar tu camino
hasta la victoria del pueblo".

Otros versos del poeta serán nuevas consignas coreadas con decisión, con fervor, con conciencia plena:

"... y como el trigo,
el pueblo innumerable
junta raíces,
acumula espigas,
y en la tormenta
desencadenada sube
a la claridad
del universo".

A medida que nos acercamos a la puerta principal del Cementerio General, distinguimos la multitud silenciosa, a la espera. Esa mul-

titud irá englutinando nuestra columna hasta que toda la gente no sea sino una masa móvil capaz de expresar su dolor. El ataúd es depositado en una plataforma rodante. Otro hombre abrirá un libro de Pablo para lanzar un verso que restalle como un grito de combate:

“Aquí tenéis
como un montón de espadas
mi corazón
dispuesto a la batalla...”

La gente llora. Surge, tembloroso por el llanto, el primer verso de “La Internacional”. Se van alzando los puños muy apretados: “Arriba los pobres del mundo...” Las voces pugnan por abrirse paso y romper el nudo que aprieta las gargantas. Esa fue la última vez que se cantó en público “La Internacional”.

El cortejo avanza hasta el mausoleo de la familia de Adriana Dittborn, quien lo ofreció a Matilde ante la imposibilidad de cumplir de inmediato el deseo de Pablo:

“Compañeros, enterradme en la Isla Negra
frente al mar que conozco a cada área rugosa
de piedras y de olas que mis ojos perdidos
no volverán a ver”.

Ha crecido la marea humana. Allí está Nemesio Antúnez. Su sonrisa suele ser dulce, joviales los ojos en contraste con la cabeza plateada. Esta vez esos ojos echan chispas. Me cuenta el atroz vandalismo. Rompieron a bayonetazos los cajones de embalaje que contenían una valiosa colección prestada por un museo mexicano al Museo Nacional de Bellas Artes. Nemesio es su director ya desde el gobierno de Frei. Ha renunciado. Dice: “Tengo vergüenza”. Inútiles fueron sus protestas. Horadaron las telas. (Antúnez hizo de un mausoleo del arte nacional un museo vivo. Allí aplicó su talento de arquitecto y pintor. Dotó al museo de la Sala Matta: hizo crecer

chado por el llanto. Lloro por Víctor, por Pablo, por todos nuestros muertos. La rodeo. Le pregunto por las niñas. Sin dejar de llorar, me dice que aún no se dan cuenta de todo lo que pasa. (Días atrás me llegó la noticia inverosímil. La llamé por teléfono: "Dime, Joan, ¿es cierto?". Me respondió con voz seca, con un latigazo: "Sí. No te puedo decir nada más". Otra vez le hago una pregunta cruel: "Sé que te hago sufrir más, pero debes decirme: ¿es verdad que le cortaron las manos?". "No. Pero hubieras visto su cuerpo, su cuerpo tan hermoso... Una sola masa negra, morada, machacada, desgarrada... Me costó hallarlo entre tanto cadáver. Irreconocible...". Los sollozos le impiden continuar.)

Entretanto, se suceden los conmovedores homenajes, los discursos funerarios preñados de una carga tácita.

Imposible describir los rostros de la multitud congregada, desde las personalidades del arte, la cultura, la política, hasta los obreros, los estudiantes, las madres jóvenes, los ancianos encogidos. Comienza a circular de boca a oreja la recomendación: "Salir en orden, con calma, sin aglomerarse. Dispersarse enseguida".

Vamos desplazándonos con lentitud. Me asombro al ver ahora toda la plazoleta del cementerio rodeada de soldados. Soldados por todas partes, las piernas semiabiertas para sostener mejor el cuerpo.

Sujetan la metralleta con las dos manos, ante el pecho. Soberbias actitudes de combate ante un pueblo inerme, sin más coraza que su dolor. Me voy caminando despacio. Algo me obliga a detenerme ante unas hojas de papel blanco pegadas en los muros, en los zócalos donde habitualmente las floristas ofrecen sus ramos frescos y coloridos. Comienzo a leer esas hojas tamaño oficio, escritas a máquina: "NN, sexo masculino, aproxim

septiembre del 73 y todo el 74. Estoy tentada de sacar lápiz y papel para escribir los textos de esas lápidas, pero no me atrevo: mientras estoy recorriendo ese muro, no deja de rondar un siniestro ángel de la muerte en su motocicleta: un oficial de la DINA que anda de civil. Da vueltas y vueltas como tratando de grabar en su retina los rostros de la gente que hasta allí va llegando. Escritores, periodistas, juventud. Matilde ha estado toda la mañana de pie junto al nicho. Desfile de gente de todas las edades. Cada uno trae en la mano un clavel rojo. Las flores se van amontonando frente al nicho. De pronto, comienzan a aparecer grupos juveniles. No más de tres. Actúan con agilidad increíble. Ordenan las flores. Ponen un recorte de periódico con foto de Pablo y un texto de homenaje. Clavan un clavel en cada punta. Con plumones negros escriben consignas sobre los mármoles: "Pablo Neruda ¡presente! ¡Muera la Junta fascista!". Una "R" de "resistencia" encerrada en un círculo. Corren también a poner claveles a Víctor, a Miguel, a otros caídos. El ángel de la muerte sigue rondando. Los chiquillos se relevan. Llegan unas niñas de pelo suelto, pantalones, blusas bordadas, un sinnúmero de collares, con un clavel en la mano. Se ponen en acción. Hacen volar sus manos sobre los bordes de las lápidas. Muchachos esbeltos las rodean. También dejan cartas. Hojas de cuaderno, esquelas blancas, rosadas, celestes, cuidadosamente dobladas, se van amontonando. Tienen copiados poemas de Pablo, o mensajes: "Pablo, tu adorada Matilde no está sola, nosotros la cuidaremos". "Pablo, tu lucha continúa. Nosotros seguiremos hasta la victoria". "Pablo, o vencer o morir. La Junta caerá". "Pablo, combatiremos hasta liberar nuestra patria del fascismo". Son docenas los mensajes que se acumulan. En esto, llega un viejo muy pobre, de traje negro parduzco, desteñido por soles y lluvias. Todo él, color tierra. Pelo grisáceo. Rostro arrugado, inm

para cubrirlo. "¡No! Lo picaron...". Me cuesta creer. Es tan lento el cerebro humano para adaptarse al horror y a la imbecilidad.

Cumpliendo el viejo ritual, nos iremos después del homenaje a beber vino al Refugio López Velarde, la cantina de la Casa del Escritor que años atrás inaugurara Neruda en una noche de alegría y de homenaje al alto poeta mexicano. Esta vez son muchos los ausentes.

Se hace una colecta para ayudar a los familiares de los escritores detenidos. Un gran número de cesantes averigua sin mucha esperanza dónde conseguir algún trabajo. Ya no es ésta la reunión discutidora de arte y poesía, ya no es la apariencia bohemia para encubrir el trabajo creador de unos o el meramente imaginativo de otros. Una mujer morena, muy enojada, deja caer lágrimas silenciosas. No ha podido ver a su padre porque él vive en una población obrera que está acordonada y no dejan entrar a nadie. Me cuenta con espanto que uno de sus parientes trabaja en la textil Sumar. Cuando volvieron al trabajo, después de esa negra semana de septiembre, los obreros encontraron arrimados a los telares los cadáveres descompuestos de muchos de sus compañeros... Ellos mismos fueron obligados a sacarlos...

Le pregunto a Luis Sánchez Latorre, Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile: "¿Qué podemos hacer?". Responde con decisión, el rostro ensombrecido: "Escribir. Escribir. Aunque sea como Curzio Malaparte, escondiendo los papeles en los huecos de los árboles, debajo de las piedras".

Salvador Allende: presencia en la ausencia

VOLODIA TEITELBOIM

"Para cortar a la epopeya un gajo..."
(Ramón López Velarde, *La Suave Patria*)

Salvador Allende no dejó testamento escrito. Podríamos considerar tal vez que dejó uno oral, su último llamado a través

dos hizo disposición de bienes. Estaban pensando obviamente en otra cosa, en lo que vendría después, en el drama que los mataba; pero también en la vuelta de la marea y en el juicio del porvenir.

Como muchos chilenos de este tiempo, conocí a Allende y creo que él confiaba en que no sería considerado un ausente en las batallas del futuro. Además, su guerra por los principios que sustentaba no terminó el 11 de septiembre. Temporalmente derrotado, el combate sigue y continuará. En medio de las mil vicisitudes de su existencia, se preparó moralmente para afrontar el juicio de las generaciones del siglo XXI. Tenía sentido de la historia y de su papel en ella. Poseer sentido de la historia es un ángulo del problema. Estar provisto de grandeza y proyección pública vale por requisito esencial para ingresar en ella. Allende tuvo capacidad de sobrevivir más allá de sus días porque fue digno de los días que vivió y sucumbió por sus ideas al estilo del friso heroico. Su nombre se convirtió así en sinónimo de gesta y en mítico protagonista de la memoria colectiva. Y no sólo para su pueblo.

Porque no hay en el siglo XX una figura política chilena que alcance la imponente altura que ocupa Allende en la conciencia mundial contemporánea. Allende póstumo es, por lo menos, tan grande como Allende vivo. El hombre de nobleza descubierta —aquel que intentó llegar en América Latina a una sociedad justa, nueva, a través de un camino que no pasara por el duro tramo de las armas— plantea todavía a los historiadores muchas incógnitas, una tarea larga: la búsqueda de su verdad profunda, por encima de los enmascaramientos de la actualidad y las mixtificaciones de la interpretación parcializada. A grandes trechos Allende es aún una personalidad por redescubrir, un hombre-continente a la espera de exploraciones más hondas y de síntesis cabales.

Nosotros sólo podríamos allegar brochazos para la pintura espacial o interiorizada. Tal vez ayuden a ello ciertas fijaciones del recuerdo. Lo

Allende quiso la cohesión para el avance democráticamente concebido, incluso más allá de la Unidad Popular. Lo visualizó definiéndolo como un Frente de la Patria, idea que sustentó hasta el final de sus días.

Pero siempre su concepción unitaria partía de la cohesión del pueblo mismo. Primero las manos juntas de los obreros, el hombro con hombro de los trabajadores, para desplegar luego una batalla conjunta, un arco del progreso sumador de clases y capas que aceptan el cambio, un espectro político de amplias concordancias, vivo y variado, que debía ensancharse sosteniéndose en ese fundamento fuerte y preciso. Renunciar a dicha piedra angular, firme y proletaria, transferir la hegemonía al centro o a la derecha era para él un signo de grave escepticismo, de crisis de conciencia y pérdida extrema de confianza, que por la vía de la justificación puede urdir argucias sofisticadas para suplantar valores que aquel hombre tenía por inalienables.

En la última década hemos vivido —y aún vivimos— tiempos de niebla. En medio de su oscuro espesor, Allende (con su ausencia que es presencia) señala el camino con su insistente legado unitario.

Se cerrará el ciclo trágico inaugurado con la sangre de Salvador Allende el día en que el pueblo rebelde al fascismo cierre ese interregno sombrío, cumpliendo, apoyado en su unidad y su lucha, con el mandato que ese hombre inolvidable, incorporado a la epopeya moderna, le entregó como una antorcha en sus palabras finales no de adiós, sino de hasta siempre.

Víctor Jara: ***Un canto inconcluso***

JOAN JARA

Cuanto más lo conocía, mejor comprendía cuán profunda era su necesidad de la

Siempre parecía tener dos o tres canciones en su interior. Como me había dicho en una de sus cartas: "Algo parece echar raíces en mí y luego tengo que encontrar la forma de sacarlo...". Llevaba los bolsillos llenos de papeles con notas y versos garabateados. Se le ocurrían ideas viajando en autobús, caminando por la calle, durante el almuerzo o mientras leía el periódico.

Dado que su obra era tan instintiva, para él resultaba importante ponerla a prueba ante otros. Yo era la persona más allegada, de modo que, en cuanto tenía algo listo o había elaborado una idea, la tocaba o la cantaba para mí, me pedía mi opinión y algún comentario. Yo era una especie de público casero. Gracias a ello logré comprender qué buscaba Víctor: un desarrollo de la auténtica música folklórica que realzara, en lugar de ocultar, su carácter fundamental, que enriqueciera sus posibilidades expresivas de modo tal que la música complementase y subrayase el significado del texto.

Sus primeras canciones fueron muy personales, casi autobiográficas. La recién descubierta felicidad le dio la posibilidad de desatar algunos nudos que existían en su interior y de expresar sus sufrimientos, sus pensamientos acerca del padre, de la madre y su pobreza, la angustia de su infancia... Escribió sobre los curas que tanto le habían desasosegado y que parecían chantajear a los campesinos con el miedo al infierno y al diablo; enfatizó su convicción de que el amor entre los seres humanos era más importante que la religión: "Sólo creo en el calor de tu mano en mi mano".

* * *

A mediados de 1969 el mundo entero se hallaba en estado de expectación pues un hombre estaba a punto de pisar la Luna, pero Chile rebosaba de conflictos sociales y políticos. Los periódicos traían infinitos artículos alusivos a actos de violencia, sobre todo a los atribuidos al MIR (Mov

“tradicionales”, que en ese momento celebraban sus 32 años de existencia— y de excluir a Quilapayún porque su repertorio era “demasiado político”.

Aunque el festival estaba organizado como un concurso convencional, las rivalidades no surgieron tanto entre los compositores participantes, como entre dos conceptos distintos y opuestos de lo que era la canción chilena: la nueva música, con letras críticas y comprometidas con el cambio revolucionario, o las canciones “apolíticas”, que daban la impresión de que no hacía falta cambiar nada. Fue la primera confrontación musical.

Si tenemos en cuenta el carácter apolítico del festival y el tipo de información que los medios de comunicación iban a dar sobre su desarrollo, podríamos pensar que tal vez Víctor decidiera participar con una canción de aceptación segura. Pero eso no iba con su personalidad. Se lanzó directamente al desafío componiendo una canción que *El Mercurio* calificó de “explosiva”. “La plegaria a un labrador” era una llamada a los campesinos, a los que cultivaban la tierra con sus manos y producían sus frutos, para que se unieran con sus hermanos en la lucha por una sociedad justa. Su forma, que recordaba el padrenuestro, era un reflejo del renovado interés de Víctor por la poesía y los valores humanistas de la Biblia, en una época en que se estaba acrecentando la comprensión entre católicos progresistas y marxistas en Latinoamérica.

Levántate
y mira la montaña
de donde viene
el viento, el sol y el agua.
Tú que manejas el curso de los ríos
tú que sembraste el vuelo de tu alma.
Levántate
y mírate las manos
para crecer estréchala a tu hermano,
juntos iremos
unidos en la sangre
hoy es el tiempo que puede ser mañana.

Pese a estar oficialmente excluido del concurso, Víctor llevó a Quilapayún como grupo acompañante, convencido de que “La plegaria” se beneficiaría de una presentación más colectiva. Trabajó especialmente con Patricio Castillo, el miembro más joven del grupo, en el desarrollo de la música y éste fue el comienzo de una fructífera colaboración que perduró aun después que Patricio dejara Quilapayún y durante toda la vida de Víctor.

Aquella fue la primera de muchas noches en que Víctor cantó en el Estadio Chile, aquel enorme y deteriorado edificio situado en el corazón del barrio donde creció, cerca de la Estación Central.

Isabel cantando a Violeta, Angel, Rolando Alarcón, Patricio Manns, Richard Rojas, Víctor, Inti-Illimani, Quilapayún..., uno tras otro recibieron ovaciones durante las cuales el local parecía venirse abajo, pero no fue un triunfo personal de los artistas, y estoy segura de que ninguno lo interpretó en este sentido. Fue, más bien, la victoria de un movimiento social muy profundo, dotado de una expresión cultural propia, que en aquel momento empezaba a ser reconocido, se reconocía a sí mismo, reafirmaba su identidad.

Al final el jurado no logró llegar a una decisión unánime y prefirió dividir el premio entre "La plegaria" y una alegre canción dedicada a una heroína de la lucha por la Independencia, "La chilenera" de Richard Rojas, con ritmo de *sirilla*, que el público podía seguir golpeando el suelo con los pies.

Mientras hacía cola entre la aglomeración de personas que se esforzaban por abrazar y felicitar a Richard y a Víctor, sentí que me había ocurrido algo importante. Nuestra vida había llegado a un momento decisivo y, aunque nos queríamos tanto como siempre, formábamos irrevocablemente parte de un proceso más amplio que nosotros mismos, de una gran multitud que trabajaba por una causa común. La inspiración de "La plegaria a un labrador" correspondía a esa época de optimismo y compromiso.

(4 de septiembre de 1970)

Salimos y vemos que todas las casas del contorno están a oscuras. Nuestros vecinos, aficionados a la canasta, parecen haberse ido a dormir. El motor de la citroneta suena estrepitoso al arrancar. Somos los únicos que estamos en la calle. Se me pone la piel de gall

La gente que guarda la puerta la abre para que pase Víctor, y de pronto nos encontramos en el interior del edificio. Aparece ante nuestros ojos la deprimente escalera mal iluminada y los cuartos contiguos, llenos de archivadores y viejísimos muebles de aspecto lastimoso. Parecen estar allí todas las caras famosas de la Unidad Popular: líderes de los partidos, senadores, diputados y artistas; charlan en grupos, sentados en la escalera, aguardando la confirmación de la rumoreada victoria. Veo a los dirigentes comunistas Lucho Corvalán y Volodia Teitelboim, y luego me doy cuenta de la presencia de Salvador Allende.

Pienso cuántas veces y durante cuántos años han esperado los resultados de las elecciones, durante cuántos años han luchado con la esperanza de una victoria popular. Muchos de los asistentes son viejos trabajadores, con toda una vida de lucha a sus espaldas. Algunos son jóvenes. Desde la calle llega el ruido de la creciente multitud que grita consignas.

A las doce y cinco llega el mensaje: Salvador Allende ha triunfado en la elección presidencial y el *Jefe de Plaza* —es decir, el jefe castrense a cargo de las medidas electorales en la capital— ha dado permiso para que la Unidad Popular celebre una reunión pública. La gente ya está allí y las celebraciones están en marcha. La Alameda ha vuelto a abarrotarse; la gente se sube a las farolas, a los árboles y muros y va llenando el cerro en la esperanza de divisar a Allende cuando tome la palabra.

Dentro todo es alegría, abrazos, lágrimas. A mí me lleva el gentío. Todos se abrazan entre sí. La gente se empuja para llegar junto a Allende y felicitarle. Me toca el turno. Lo estrecho en lo que considero un desahogado estrujón de oso, pero él me dice:

—¡Abrazame más fuerte, compañera! ¡Este no es momento para timideces!

hemos ascender hasta el pueblo, y no pensar que estamos descendiendo hasta él. Nuestro trabajo consiste en darle lo que le pertenece —sus raíces culturales— y los medios con que satisfacer el hambre de expresión cultural que percibimos durante la campaña electoral.”

(4 de septiembre de 1973)

Si miras la calle tranquila, todo se diría normal. Los árboles han florecido como de costumbre a principios de la primavera, el sol brilla y el viento sopla, los niños juegan y se pelean entre sí, la gente atiende serenamente a sus asuntos. Sólo las tiendas con los postigos cerrados y las colas a la puerta de la panadería delatan que no todo está en orden... eso y el hecho de que al caer la noche comienzan a sonar los tantanes.

Momentos de las últimas semanas relampaguean en mi mente... Estoy en el jardín, el sol invernal me calienta la espalda, debe ser fin de semana, pues todos estamos en casa. Víctor está en el taller, le oigo tararear suavemente, acaba de hacerme oír la primera versión de “Cuando voy al trabajo” y tengo la melodía y su significado en la cabeza, “laborando el comienzo de una historia, sin conocer el final”. Siento la hierba bajo los pies, las plantas y los árboles del jardín a mi alrededor, el alivio de la presencia de Víctor, el sonido de su guitarra, la certeza de que Manuela y Amanda están a salvo, jugando cerca, pronto entrarán a tomar el té... siento un súbito estremecimiento de horror, como si el tiempo se congelara un instante, la sensación de que debido precisamente a su normalidad, recordaré este momento durante el resto de mis días.

Pero ahora nos dirigimos al centro o, mejor dicho, a la elegante Avenida Providencia —una calle ancha bordeada de boutiques—, donde nuestra columna ha de formarse. Al llegar nos

Media hora más tarde me encuentro conduciendo como una autó-mata a través de las calles de Santiago con el joven desconocido a mi lado. Héctor —así se llamaba— había estado trabajando en la morgue, el depósito de cadáveres municipal durante la última semana, tratando de identificar cuerpos anónimos que llegaban diariamente. Era un muchacho amable y sensible y había corrido un gran riesgo yendo a buscarme. En su condición de empleado tenía una tarjeta especial y, después de mostrarla en la entrada, me introdujo por una pequeña puerta lateral del edificio, a pocos metros de los portales del Cementerio General.

Estoy en una especie de trance pero mi cuerpo sigue funcionando. Tal vez vista desde afuera parezca normal y dueña de mí misma: mis ojos continúan viendo, mi nariz oliendo, mis piernas andando...

Bajamos un oscuro pasadizo y entramos en una enorme sala. Mi nuevo amigo me apoya la mano en el codo para sostenerme mientras contemplo las filas y filas de cuerpos desnudos que cubren el suelo, apilados en montones, en su mayoría con heridas abiertas, algunos con las manos todavía atadas a la espalda. Hay jóvenes y viejos... cientos de cadáveres... en su mayoría parecen trabajadores... cientos de cadáveres que son seleccionados, arrastrados por los pies y puestos en un montón u otro por la gente que trabaja en el depósito, extrañas figuras silenciosas con las caras cubiertas con máscaras para protegerse del olor a putrefacción.

Nos envían a la planta superior. El depósito está tan repleto que los cadáveres llenan todo el edificio, incluyendo las oficinas. Un largo pasillo, hileras de puertas y, en el suelo, una larga fila de cadáveres, éstos vestidos, algunos con aspecto de estudiantes, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta... y en mitad de la fila descubro a Víctor.

Era Víctor, aunque le vi delgado y demacrado. ¿Qué te han hecho para consumirte así en una semana? Tenía los ojos abiertos y parecía mirar al frente con intensidad y desafiante, a pesar de una herida en la cabeza y terribles

golpe militar. En medio de la grotesca pesadilla que vivíamos, su muerte parecía inevitable, casi lógica.

Se anunció que su funeral se celebraría el 25 de septiembre. Era importante ir, aunque muchos temían señalarse o ser detenidos si hacían públicamente el gesto de rendir homenaje a un poeta comunista.

A pesar de los soldados que vigilaban las calles con sus metralletas listas para disparar y la policía secreta que observaba a la multitud a la caza de rostros buscados, cientos de personas se reunieron para honrar a Neruda. Quena y yo partimos bastante cerca del frente de la procesión y gradualmente nos retrasamos, pues yo parecía incapaz de andar a paso más vivo; me costaba poner un pie delante del otro. Mientras caminábamos por las calles hacia el cementerio, oí que todos recitaban los poemas de Neruda, verso a verso, desafiando la amenaza de los uniformes que nos rodeaban; vi a los obreros de una obra en construcción adoptar la posición de firmes, con los cascos amarillos en la mano, muy por encima de nosotros, en un andamio; otros se amontonaron en la acera mientras los soldados nos rodeaban.

Fue allí, en esa marcha, entre aquella muchedumbre, cuando tomé conciencia de que, si bien Víctor había muerto y yo estaba sola, jamás me sentiría abandonada. Era muy poderoso el sentido de identidad colectiva frente a una tragedia colectiva y muy fuerte la sensación de un pueblo mortalmente herido que sigue luchando. Tuve una vívida conciencia de que tenía una responsabilidad hacia ellos y hacia Víctor.

ASESINAR CON DECENCIA

"Este es un gobierno decente, que no anda matando a la gente porque sí."

(Alfonso Márquez de la Plata, Ministro Secretario General de Gobierno, en declaraciones a *Qué pasa* N.º 650. 22-IX-83.)

Nicaragua: un porfiado ritual de agresiones

De William Walker a Ronald Reagan

MARIO BENEDETTI

Fue un poeta nicaragüense, Fernando Gordillo, quien hace unos 20 años escribió este epigrama:

*"En otros países
podríamos crecer
al margen de la muerte.
En Nicaragua no, no en Nicaragua."*

Ese porfiado ritual de muerte ha tenido en Nicaragua tres oficiantes fundamentales: los terremotos, la dinastía Somoza y el poderoso vecino del Norte, aunque debe admitirse que los dos últimos han sido más devastadores que los seísmos.

* * *

En este agitado presente, cuando las naves de guerra estadounidenses llevan a cabo un inquietante y verosímil *simulacro* de bloqueo a ese país (102 veces más pequeño que Estados Unidos) y cuando el pretexto de esta hostilidad manifiesta es un eventual peligro soviético o cubano, así como el reclamo de un pluralismo democrático, vale la pena recordar que una probable invasión norteamericana a Nicaragua no sería la primera, sino la quinta o sexta (es difícil llevar la cuenta), y que las anteriores tuvieron excusas muy distintas (por ejemplo, apoyar a implacables dictaduras, nada pluralistas, por

* Artículo publicado con anterioridad en el diario *El País*, de Madrid.

operación, durante la cual se empleo napalm contra los rebeldes sandinistas, fue una muestra flagrante del terror importado.

Ahora, el presidente Reagan declara enfáticamente que, en materia de intervenciones en Nicaragua, "nunca debe decirse nunca", pero los inocultables anales muestran que en ese tema infamante Estados Unidos "siempre ha dicho siempre". A menudo en Europa se considera exagerada la reacción de los pueblos latinoamericanos con respecto a su omnipotente vecino. En Europa, los norteamericanos fueron decisivos aliados en la lucha contra el fascismo y el nazismo, y éste es lógicamente un antecedente que no se olvida; en América Latina, en cambio, fueron y siguen siendo permanentes aliados de las dictaduras más implacables y sangrientas.

Ojalá que esta sintética crónica, que arranca del filibustero William Walker y llega hasta Ronald Reagan, ayude a comprender las razones históricas de que en los castigados muros de América Latina no se lea ningún equivalente de "Bienvenido mister Marshall", sino el unánime y explícito "Yankee go home".

BRAVATAS DEL "SIETE MACHOS"

"Yo tengo la fuerza y si la cosa se generaliza y me empujan y me empujan, pierdan cuidado que vamos a llegar al Estado de Sitio, y más duro que antes. Lo cauto obliga a meditar cada paso que se da, pero no es que tenga miedo."

(Augusto Pinochet en *Las Últimas Noticias*, 5-XI-83.)

SERGIO INSUNZA BARRIOS

Aspectos de la Constitución pinochetista

La Constitución que el dictador Pinochet ha impuesto al pueblo de Chile, refrendada a través de la farsa plebiscitaria del 11 de septiembre de 1980, es un engendro que persigue institucionalizar en el país un régimen fascista.

¿Cuáles son los aspectos relevantes de ella que nos permiten sostener esta última afirmación?

1. *Poder económico.* La Constitución, consecuente con la política económica de la dictadura, inspirada en la seudodoctrina del bien común y de la subsidiariedad del Estado, de concentrar el poder económico en la gran burguesía financiera chilena, aliada al capitalismo monopolista internacional, y de dejar las riquezas y recursos naturales a merced de la voracidad de las empresas transnacionales, proclama la libertad para adquirir toda clase de bienes (artículo 19, N.º 23); reconoce el derecho de desarrollar cualquier actividad económica, pudiendo el Estado y sus organismos hacerlo sólo si una ley de quórum calificado los autoriza (Número 21), y el de propiedad sobre toda clase de bienes, estableciéndose severas limitaciones para la expropiación, entre ellas, que a falta de acuerdo debe pagarse al contado la indemnización al expropiado (N.º 24).

2. *Proscripción ideológica.* Para poder llevar a cabo la política económica antipopular y al servicio de la oligarquía financiera y del imperialismo, es necesario silenciar las voces de quienes sustentan ideas o doctrinas contrarias al sistema, excluyéndoseles de toda participación en la vida social-política-administrativa de la Nación, prohibiéndoseles organi-

zarse en partidos políticos y desempeñar actividades sindicales.

nas ocurrida después de haber sido detenidas por agentes de seguridad.

Asimismo sigue vigente la prohibición de ingresar al país que pende sobre 35.000 exiliados, siendo una burla el nombramiento por Pinochet de una comisión especial, en octubre de 1982, para proponerle medidas que permitan su retorno, cuyo fruto no ha sido hasta ahora sino autorizar el ingreso de 300 personas, la mayoría de las cuales no tenían impedimento alguno para hacerlo.

Por último, la situación económico-social del país es catastrófica: endeudamiento externo de 18.000 millones de dólares, cesantía del 30 por 100 de

la población laboral, destrucción de la industria nacional, quiebra o paralización de cientos de empresas privadas, todo lo cual sume a Chile en un estado de pauperización nunca antes conocido.

En suma, la Constitución de Pinochet no es sino el medio buscado para institucionalizar una dictadura terrorista fascista al servicio de los intereses de la burguesía monopolista chilena y del imperialismo norteamericano que, por su origen espúreo y por desconocer sus derechos, no tiene validez ante el pueblo de Chile.

POLITICA Y ECOLOGIA

"A mí me alarma a estas alturas de mi vida, en que debería ser un viejo reaccionario, la poca disposición para establecer ideas nuevas. Todos quieren volver al sistema anterior. ¡Horrible! Cómo el país va a progresar si no asimila una serie de conceptos nuevos que han aparecido en el mundo. La Constitución del año 80, por ejemplo, es la primera del mundo que establece como un deber la protección del medio ambiente."

(Juan de Dios Carmona, miembro del Consejo de Estado del gobierno de Pinochet, en declaraciones a *Las Últimas Noticias*, 25-IX-83.)



Foto JEAN LOUIS YOUNG

La transición al capitalismo en Chile

Problemas metodológicos e históricos

M. EUGENIA HORVITZ

El estudio de la transición de las sociedades precapitalistas al capitalismo parece, a primera vista, un problema académico. Sin embargo, el interés que despierta hoy día en medios que van más allá del de los historiadores, se debe a que es un problema urgente de la historia que se está haciendo. Para responder científicamente a problemas tales como las causas de las diferencias de desarrollo dentro del sistema capitalista o cómo se han formado los estados nacionales, cómo llevar a cabo las transformaciones de una formación económica social dada, o cómo construir el socialismo, etc., es necesario contar con un aparato teórico, que permita organizar y comprender el material histórico.

I. Las categorías de análisis expuestas por Marx

Marx desarrolla el proceso de transición del feudalismo al capitalismo en *El Capital* en los llamados "capítulos históricos"¹ y en un sentido estrictamente teórico en el Capítulo Inédito de *El Capital* que debía ser publicado entre los libros 1 y 2. (El análisis de las formas de transición está presente desde 1845 en la mayor parte de sus obras, especialmente: *La Ideología Alemana*, *Crítica de la Economía Política*, las *Grundrisse*.)

¹ Carlos Marx, *El Capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, libro I, capítulos 11 al 13, 24 y 25.

